

la ética de amor universal -que se le atribuye en los evangelios sinópticos teológicamente orientados- por medio de la distinción documental de dos tipos de enemigos referidos: el privado (*inimicus*) merecedor de perdón y el público (*hostis*) una «raza de víboras» e «hipócritas», compuesto por romanos, herodianos, saduceos, algunos miembros del estamento clerical, apóstatas, ricos y poderosos, etc., todos ellos enemigos del pueblo fiel de Israel y de su Dios.

El segundo texto, “Dios no existe y él lo sabe” (2011, publicado por vez primera en rev. *Anthropos*, nº 231), culmina toda una reflexión de más de una década sobre la génesis de la religiosidad redirigiendo la baldía *cuestión del Dios monoteísta* hacia la cuestión de las almas y espíritus en el contexto general del *qué*, el *cómo* y el *por qué* de las religiones. Éstas, en tanto tramas fenomenológicas que articulan la religiosidad, encuentran en el *animismo* la *conditio sine qua non* del mito religioso y hallan en la reciente investigación neurofilosófica las claves de su ilegitimidad ontológica y epistemológica. Esta trama justifica la ironía del título, pues «el artificio por el que ha funcionado el timo de la religión ha sido, al fin, desvelado». En este sentido, concluye Puente Ojea, el gran apoyo metafísico occidental lo encuentra el cristianismo más que en Platón, en Aristóteles que es quien fragua la gran trampa ontológica gestionada por el conjunto de las religiones de Libro. Frente a ello, el autor finaliza contraponiendo dos principios axiomáticos que debieran regir la ontología y la epistemología.

Con la crítica a la metafísica aristotélica recogida en

“Dios no existe y él lo sabe” se da pie, en el cuarto y último núcleo temático en que hemos dividido la obra, para recuperar tres momentos de la disputa más dilatada en el tiempo en la historia intelectual española reciente -iniciada en 1995- que el autor mantuvo con Gustavo Bueno y los devotos seguidores de su Materialismo Filosófico. Se trata de tres textos centrales en el debate -vieron la luz entre 2002 y 2003- que no obstante, no resolvieron la crítica mutua de idealismo. Su inclusión en esta obra muestra con claridad el grado de aflicción que dicha crítica provoca en el autor.

Tan solo resta destacar, con la emoción propia de quienes seguimos su pensamiento con el respeto y la admiración propia del reconocimiento al clásico y al maestro, que si esta obra está realmente escrita “desde la última vuelta del camino” - como apunta de forma entrañable al inicio Puente Ojea-, dicha vuelta no deja de ser un punto de inflexión y un elemento catalizador: un puente lleno de gratitud para el hombre que desde los tiempos de oscuridad moral e indigencia intelectual supo levantar la mirada y el vuelo y para la densa obra que reta constantemente a conjugar prestancia, valentía y brillantez en la ardua tarea de contribuir a la búsqueda de la verdad en la libertad de la conciencia y en el hallazgo de una «voluntad estatal que cree las condiciones institucionales y objetivas para restaurar las condiciones reales de una sociedad secular y pluralista».

Miguel Ángel López Muñoz

